

al volver de su inevitable desmayo y ver que su oloroso cuerpo le ha tocado en suerte a su propio chofer, a quien los otros han incluido generosa y despreciativamente en el juego, protesta, y pide, «con la clara ingenuidad del agua», que se haga la rifa de nuevo, por falta de novedad para ella, del resultado...

Y así los otros cuentos, en los que el «esprit» francés, trasejado a la socarrona arcilla criolla, no es muy espiritual que digamos, magüer sea espíritoso. A esta gracia rezumante, de conjunto, hay que agregar la particular gracia de expresión, que a veces se hace gráfica. «Sus habitantes, que huían en fiacre hacia el Oriente, tenían el corazón capitoné y una mirada dulce de lámpara a gas». («Agenda 1900», pág. 17). Hasta los galicismos y extranjerismos léxicos, que Vattier usa con profusión, tienen aquí una levedad discreta y oportuna, y no chocan ni afean el estilo. Ante tan felices características, no caben casi reparos a estos simpáticos cuentos.—GUILLERMO KOENENKAMPF.

<https://doi.org/10.29393/At162-309BSAN10309>

ANTOLOGÍA DEL VERDADERO CUENTO EN CHILE, por *Miguel Serrano*

Hay en este libro una explosión juvenil que reviste ciertos caracteres de gravedad. Los excesos de la juventud rara vez son graves si el mal viene de ellos mismos. No así cuando los «mayores» contribuyen con su parte. Es el caso de esta obra.

Un joven escritor, Miguel Serrano, publica (esto es, hace público) un volumen de cuentos que él titula «verdaderos», por oposición a otros que no revisten este carácter. Para esto, busca un grupo de escritores jóvenes que cumplen con sus requisitos y los reúne en una Antología. Primero crea la teoría y después encuentra los ejemplos listos, como si hubieran sido hechos para confirmarla. En un prólogo hermoso y misterioso,

Serrano nos da las razones—éstas no tan hermosas ni misteriosas—que él tiene para proceder a esta selección. Todas ellas podrían reunirse en la confesión de su propia ignorancia:

«¿Qué es cuento? En el momento actual sólo podríamos hacer una definición por negaciones, afirmando que no es poesía, que no es novela, que no es narración, que no es una carta, que no es teatro».

Olvidó decirnos que no es «cuento» tampoco. El cuento, según este autor, es algo inefable que ha de nacer por primera vez en el mundo cada vez que un iniciado suyo coge la pluma para escribirlo. Es verdad que él no lo dice con estas palabras más que le sonarían vulgares y excesivamente «narrativas». El lo explica mejor diciendo que en el cuentista: «sus pasos resonaron solos en su única presencia». No está mal; además, es una verdad profunda en lo que a este tipo de cuentos se refiere, como veremos más adelante.

Como este prólogo, siendo hermoso y de excelente calidad literaria, no basta para dar una luz a las mentes no iniciadas, nos dedicamos a buscar en los modelos mismos de esta Antología la clave que habría de explicarnos el descubrimiento del señor Serrano. Después de una atenta lectura, encontramos que todos ellos eran cuentos comunes y corrientes; sólo que Serrano ignoraba tal vez (en su prólogo demuestra ignorar muchas cosas y no querer aprender otras tantas) que hay un género especial que se llama el cuento subjetivo. Todos estos cuentos de la Antología son subjetivos; con una variante: *subjetivo-oníricos*, esto es, que se ciñen a la lógica caprichosa del ensueño, del muestrario de sensaciones sin encadenamiento, provocadas por la orgía imaginativa (Los médicos psiquiatras saben muy bien lo que estoy diciendo). El mérito de estos cuentistas está en que aprovechan estos materiales para la combinación poética determinada y para el efecto final, exquisitamente «moderno».

Desgraciadamente, este hallazgo no tiene nada de moder-

no. Esta literatura, junto con los dibujos infantiles, el arte primitivo y la pintura hecha por alienados, tuvo cierta boga en la Europa de la *après-guerre*. Hace tiempo que murió de consunción. Todavía quedan por ahí ciertas exposiciones de «arte» infantil y ciertos estudios psicoanalíticos sobre las mismas, que, salvo dos o tres conclusiones sobre el parentesco del alienado con el niño y el salvaje, no nos han traído un aporte mayor. Sobre todo, para la literatura. Los psicoanalistas, esos «verdaderos» cuentistas de la medicina «verdadera», siguen explotando estas fuentes exhaustas que les permiten vivir. Los escritores no. De este lado, «ça ne colle plus», como dicen los mismos autores de estos descubrimientos: los franceses.

Aquí en Chile parecen ignorarlo. Inteligencias considerables, como las de Anguita, Tejada, Atías, pierden un tiempo precioso derrochando sus capacidades en trucos que ya no sirven ni para «epatar» al burgués.

No querría culpar a mi buen amigo, el poeta Huidobro, de estos deslices literarios, pero en esta Antología figuran muchos discípulos suyos. Es verdad que no siempre es posible elegir sus propios admiradores. En todo caso, podría aconsejarlos. Huidobro es «moderno», pero pueril. Esta «mística suicida» que agrupa a estos jóvenes escritores en una sola iniciación y en un solo volumen, no es la suya. La técnica subjetivo-onírica, *c'est un peu vieux genre*. Huidobro no está para tontearías.

Hay otras personas «grandes» que también estarían comprometidas, en cierta manera, en esta masacre literaria de tantos jóvenes dignos de mejor suerte. Por de pronto, Juan Emar. ¡Qué hace ahí Juan Emar! Cada cual es dueño de su propia vida y muerte literarias, pero no de las demás.

Un crítico de la revista «Hoy» también dejó pasar tranquilamente el libro con el gesto de diabólica satisfacción del guardavías que retira las cadenas sabiendo que viene el tren... Y no se contentó con esto; se quejó de que no hubiera estado



Vattier, quien, por suerte, se hizo el muerto y pudo así escapar vivo, como en otro ejemplo memorable.

Todo lo que decimos aquí parecerá extraño y exagerado a quien no haya leído esta *Antología del verdadero cuento en Chile*. La impresión que resulta de esta lectura es algo tan penoso y halagador a la vez, que es difícil colocarse en el espíritu del comentarista si no se ha pasado por las mismas experiencias.

Ahora, si el lector ha leído la *Antología*, deberé dar media vuelta y colocarme en el otro bando para proteger a esta juventud contra una explosión de cólera injustificada. Hay innumerables tonterías que persisten en la humanidad debido a que se las ataca con otras tonterías. La incompreensión de las cosas inteligentes que puede decir un adversario es una derrota anticipada en la lucha contra lo que puede haber en él de necedad. En esta *Antología* hay inteligencias considerables y escritores de verdad que nada ganaríamos con ofender y mucho menos con cerrarnos a sus razones. Por lo que toca al comentarista, comprendemos muy bien lo que se han propuesto. Sabemos también que lo han realizado en forma sobresaliente, y sabemos, por fin, que todo esto no había para qué hacerlo. Se ha tomado un mal camino. por una parte; por otra, se ha explotado cierto desequilibrio colectivo que, aunque ficticio y literario, puede tener más base patológica de la que le atribuimos en realidad. Conversando con un psiquiatra eminente sobre los reos que se fingen locos, me decía: «Es verdad que esta gente está fingiendo, pero la experiencia nos ha enseñado que los que buscan esta coartada es porque ya tienen en ellos excelentes disposiciones para hacerlo. Los normales explotan otras simulaciones».

Basta leer cada uno de estos «cuentos» para sentir el soplo de la locura que nos mece los cabellos con un ritmo alucinante y enfermizo. Es verdad que para algunos resulta muy fácil escribir así; y esto es atrayente. Para otros es muy difícil si no poseen las *disposiciones necesarias*. Esto también es

atrayerente, porque comunica a los *iniciados* una impresión de ser los elegidos de los dioses. En patología mental, cada caso es un universo propio e incomunicable (Blondel. «La conciencia morbide»). Estos caracteres son también los de esta clase de literatura. No tardan en despertar un peligroso delirio de grandeza en los jóvenes, ya que se sienten perpetuamente superiores e incomprendidos, lo que viene a confirmarles que los imbéciles son *los más*. Todo el prólogo de este libro es un documento precioso de esta megalomanía.

Es necesario que estos escritores sepan que las simples sensaciones producidas por esta masturbación espiritual «superior» nada tienen qué ver con el arte, ni con la literatura, ni siquiera con la vida, que es la regla común, normal. El abandono de las formas racionales y la orgía imaginativa pueden ser útiles en la novela, cuando se trata de interpretar al alienado. En calidad de hecho serio, son simplemente lamentables, por mucho arte que se les quiera atribuir.

Alguien me discutía sobre cuál de estos cuentos era el mejor. Para responderle, debí poner un ejemplo: «Mire, amigo: si en una casa de salud usted se topara con una loca que lleva en la cabeza un escupitín a manera de sombrero y con otra que lleva una bacinica ¿cuál de las dos a su parecer sería la más normal?» Mi amigo hubo de convencerse de que, traspasados los límites de la razón, las escalas de valores ya no tienen objeto.

Otro tanto ocurre aquí. Es inútil decir si este libro está bien o mal. No está, simplemente. Y me extraña de que nadie lo haya advertido y de que no se haya elevado ninguna protesta, no ya en nombre de las letras, sino de la higiene mental. Este género literario es una Marihuana del espíritu mucho más peligrosa que la escena pornográfica o las drogas heroicas, caras y escasas. Además, contribuye a reforzar la idea entre la juventud de que para ser moderno es preciso ser absurdo. La verdad es que hay necesidad en lo viejo como en lo nuevo y que

el arte está en saber elegir. Mal camino tomarían aquéllos que creyeran encontrar aquí las tendencias «verdaderas» del cuento chileno. No lo decimos por horror a lo nuevo, ni por la incomprensión del género. Lo conocemos muy bien; demasiado bien. Sabemos dónde radican sus méritos y también dónde están sus peligros. Yo creo poseer una mente sólida: he pasado mi vida entre alienados, criminales y escritores; no obstante, al leer «El Unicornio», de Juan Emar, en el pasaje que dice (pág. 136):

«¡Camila!

Marqué el número de teléfono 52061.

¡Camila!».

No pude resistir al impulso de coger el fono y llamar:

—¡Aló! ¿Con el número 52061?

—Sí, señor.

—Dígame, ¿está la Camila?

—No, señor; está equivocado: habla con el paradero de autobuses Biobío.

Colgué el fono; apagué el cigarrillo con cólera, y pasándome la mano por la frente, pensé que sería mejor ir a pasear un rato por el Forestal.—BENJAMÍN SUBERCASEAUX.



ÚLTIMOS POEMAS, por *María Monvel*

Si el mundo se gobierna por pasiones, como dijo alguien, y las ideas sólo tienen en él influencia restringida cuando no son apasionadas, puede afirmarse que en materia de arte sólo una gran pasión hace la obra perdurable.

Leyendo este libro póstumo de María Monvel, que la Editorial Nascimento acaba de publicar en forma muy cuidada, confirmamos sin vacilaciones esa relación indudable entre el espíritu estremecido y la obra plenamente lograda.